

«SIETE ESCRITORAS CHILENAS», de *María Carolina Geel*, Editorial Rapa-Nui, 1951.

La autora de las tres buenas novelas psicológicas; «El Mundo Dormido de Yenia», «Extraño Estío» y «Soñaba y Amaba el Adolescente Perces», publica ahora ensayos críticos sobre Gabriela Mistral, María Luisa Bombal, Marta Brunet, Amanda Labarca, María Monvel, Chela Reyes y Luz de Viana.

Naturalmente, revela mayores aptitudes en la ponderación de las novelistas. Consideramos acertados en general los juicios sobre las autoras «La Última Niebla» y «Montaña Adentro». En el comentario de la primera, puede decirse que María Carolina zahonda en aguas familiares, las subconscientes y oníricas a la manera de Joyce o la Woolf, en que la hemos visto desplazarse siempre con tino sabio. En cuanto a Marta Brunet llega a la conclusión firme de que a tal novelista le conviene el trazo objetivo y directo de tipos psicológicos rudos y elementales.

No suscribiríamos asertos tajantes que elevan a ciertas criticadas a la categoría de emperatrices en el género que cultivan; pero otorgamos existe algo cualitativo en el cuantitativo frenesí con que se las exalta.

En la página 57 del libro, solicita María Carolina se le hagan taxativamente las observaciones gramaticales, a fin de que poner en cobro la solvencia de valorador y contribuir al perfeccionamiento de la autora. Como nuestro deseo no es sino servirla, ahí van algunas:

Uso expletivo del artículo indefinido. Ejemplos: al referirse a Gabriela, que nace en «*un* valle, bajo *una* luz fecundadora», tiene «*un* rostro infantil, *una* mi-

rada que penetra, *un espíritu naciente*» (p. 14), «*una más colosal llamarada*» (p. 15), «*versos de una grandiosidad*» (18), «*un más desmesurado modo*», «*un dramatismo más intenso, una inspiración más punzantemente bella*» (p. 19), etc., etc. Estas construcciones son galicadas, y aunque el uso se halle en trance de consagrarlas, el abuso es censurable. Son muchísimas las que podíamos espigar sin esfuerzo, y que con alguno parvo podrán suprimirse en nuevas ediciones.

En la página 18 se lee que la grandiosidad de Gabriela será muy difícil llegue a ser por nadie «emulada». Tal vocablo es impropio. Quiere significarse «igualada». Impropio asimismo es el vocablo *verso* por estrofa o poema (p. 89-91-92-103-106-107).

Frecuente es el cambio de personas: fluctúan entre la primera de singular, primera de plural y tercera de singular. En la página 48: «*Sé que lo que aquí voy a expresar...*» «*Y luego del cacofónico giro «en nuestra estimación...*» En la página 116 «*según lo que quien esto escribe*» El queísmo o abuso de «que» cuenta en porción no desdeñable. En la página 28 colectamos «*quedó un cierto regusto, un algo que se parece a aquello que otro gran poeta de esta tierra, Romeo Murga, cantó a la amada que, etc.*»

Las cacofonías esplenden en «*Siete Escritoras Chilenas*». Van algunas: «*publicado... aumentado... editado*» (27), «*aparentemente inocuo... lógicamente*» (40), «*y finalmente el otro marido tan ardiente y largamente amado*» (43), «*a esta vivificación que insuflaba a sus criaturas se sumaba la intensidad de una acción condensada*» (47), «*nítidamente... precisamente*» (48), «*entre los ya otorgados y al lado de firmas eminentísimas se han deslizado... ha dado...*» (50), «*dejábamos de lado, subyugados por el todo y estimulados*» (57-58),

«auténticamente y lo sorprendente» (61), «con respecto a las grandes dificultades con que» (67) «llama poderosamente la atención; mientras evidentemente ha crecido la población» (76), «serán constituídos, por cuatro partes y un epílogo que a su vez están subdivididos por diferentes capítulos» (102).

Construcciones galicadas: «Es por esto que» (27). «Y es hacia el final que sabemos» (35). «Y es en esta situación que» (68).

Algún equívoco atenta contra la claridad, y hasta nos deja perplejos: «Esta defensa de una obra femenina era inevitable en un trabajo de la índole del presente, de modo que yo espero que *esos simpáticos y galanes enemigos del otro lado* no me mirarán encolerizados» (50).

¿Cuáles son los del otro lado? Si se refiere a los varones, no podemos sino ser amicísimos... ¿O alude a intermedia categoría?

Aparte la ambigüedad, señalamos la concesión que nuestra autora hace al público y a los críticos, tomándolos familiarmente en cuenta. Se repite en la página 57, donde da explicaciones por no alargarse en epítetos favorables para una crítica: «Los siete estudios que aquí hacemos, para ser tales, es menester que caten amplio y aborden también las tachas que las analizadas presenten y sin las cuales nos expondríamos a hacer una muy parcial y meliflua exposición amén de restarles la fuerza y ese especialísimo atractivo que los propios defectos significan cuando ponen aquí y allá su nota dispar, sello evidente de una gran personalidad».

¿Nos exigirá María Carolina luenga cita de lugares comunes en que ha incurrido para fincar el crédito de las siete autoras? Creemos que no. En todo caso, para

la objeción que a los juicios de enfatismo dudoso en la crítica literaria, nos atrevemos a recomendarle las impugnaciones del grave y egregio Azorín al desbordado Julio Cejador y Frauca, estanquero de altisonantes epítetos.

Recomendamos a María Carolina no emplear términos como «demasiadamente, angustiadora, vigorosidad, primitividad» ni dictámenes de tan mal gusto como el que emplea con Gabriela al decir que «enronquecida pronuncia acentos inauditos».

¡Con todo, el libro y la autora son estimables.

María Carolina Geel presta servicio grande a la literatura femenina del país.